EL CULTO DE LA FORMA

1. No se puede separar el escritor del hombre. Y si todo escritor ha de ser original —lo contrario sería meterse a dibujar garabatos ajenos— lo será en la medida en que sea hombre. Pues sólo por eso puede el escritor crear, dar origen a algo nuevo. El bruto se distingue del hombre por esta falta de poder de invención. El elefante sigue imperturbable su marchamo histórico: lo mismo hoy que hace dos mil años. El elefante no tiene historia.

La palabra es un don de sí mismo: toda una creación. No es precisamente el ruido ni la caligrafía lo que le pedimos a la palabra. Necesitamos su vida humana. Y el vivir es total, arrollador, indivisible. Dime cómo escribes y te diré quién eres. El escritor se nos da en su obra como él es, enteramente. La palabra es el hombre.

2. La literatura no es un adorno de las ideas, como algunos alegremente creen. Es una forma de nuestras ideas, un modo peculiar de ser concebidas las cosas. Ante la visión de un monte batido por la tormenta un hombre cualquiera nos suelta: «cayeron rayos sobre el monte». Horacio va a decir lo mismo con distintas palabras: «Júpiter alanceó los montes» [1].

No hay duda de que el gran vate lírico ha visto algo que escapó a la retina del otro y ha sacado mejor partido; se ha llevado del monte mayor tajada.

---

[1] HOR., *Carm.*, I, 2-3: *et rubente / dextera sacras jaculatus arces.*

Universidad Pontificia de Salamanca

Muchas veces creemos tener ideas comunes y, a la hora de expresarlas, vamos a la desbandada. Aquél atina con una expresión distinguida, aristocrática. Este no pasa de ser un lacayo del lenguaje. Alguno dirá: «cuestión de palabras», cuando más bien debiera preguntarse: «¿cómo debe de ser la idea de fulano para ser dicha de semejante modo?»

No es casualidad que las poesías de Nevio, hombre tenue, delicado y gracioso, nos refresquen con la brisa constante de los diminutivos (*lascivola ac tenellula*). Sus contemporáneos fueron injustos cuando le criticaron estos y otros *forzosos* neologismos literarios. César se nos presenta decidido, geométrico en un estilo sin florituras, puntual y desnudo como su espada de soldado [2]. Y es indefectible que Nepote, apartado de la política activa, puro espectador aun en el mundo de las letras, nos ofrezca pulcra y compuesta, ausente de *"pathos"* la ordenada y armónica construcción de sus escritos. El mismo fenómeno nos revela la asimetría estilística de la expresión Salustiana, su *"inconcinnitas"*, fruto más bien de una forma mental, que de artificio.

Cada hombre se expresa en su palabra. Por eso la palabra de César no puede no encarnar la brevedad simple de una orden militar. Lo que va de las Bucólicas a la Eneida es un sencillo cambio de «humildes tamariscos» y «leves zampoñas» por los estridentes vocablos guerreros: *"qui quondam gracili modulatus avena... at nunc horrentis Martis"* [3].

3. Buen escritor es el buen pensador; y buen pensador, el buen escritor. La idea cabalga sobre el torso grácil y flexible de la palabra [4]. Si quitamos este vehículo de pies ligeros, aquella desfallecerá en su galope invisible.

---

[2] Cf. CIC., *Brut.* 75, 262: *nudi sunt, recti et venusti omni ornatu orationis tamquam veste detracta.*

[3] VERG., *Aen.* I, 1-4. El que un mismo autor maneje vocabularios tan distintos, no indica que el uso de esta o la otra palabra sea algo arbitrario sino una personalidad muy rica, capaz de concebir el gran conflicto de griegos y troyanos, lo mismo que unas tenues disputas entre pastores.

[4] En todo este artículo nos referimos indistintamente a la palabra hablada o escrita.

Universidad Pontificia de Salamanca

La palabra es el apoyo de la idea. Y es la idea misma: el pensamiento hecho carne y hecho tiempo en esas diminutas vibraciones de la lengua [5]... Podría ahora decir que el pensamiento, la idea de Dios que todo lo contiene, se hace palabra y se hace carne en Jesús, el Cristo: la Verdad que ofuscaba a Pilato, porque la tenía demasiado cerca. Pero tal vez estas disgresiones no encajen bien en la tónica de esta revista.

4. Santo Tomás tiene unos ensayos —él los llamaba *"Quaestiones"*— sobre la palabra [6]. Allí dice que nuestras voces valen en cuanto tienen un sentido, el que nosotros les damos; en la medida en que las humanizamos. Las palabras, concluye, tanto significan cuanto el significante les hace significar. Así la palabra *"filosofía"*, en boca de un niño, apenas si es una titubeante sucesión de letras que el filósofo auténtico, al nombrarlas, sabrá llenar de contenido.

Según esto, es imposible que demos a las cosas su verdadero nombre. Siempre tienen algún rinconcito, alguna pequeña víscera que escapa a nuestro análisis. Para conocer totalmente, pongo por caso, al murciélago, que estremece la oscuridad con el zig-zag de su vuelo, debiera antes convertirme en esa ave negra de membranosas alas: a ver cómo se es siendo murciélago. Sólo Dios conoce totalmente las cosas, porque vive en la intimidad de todas ellas. El único que puede nombrarlas con *toda propiedad*.

Nuestras voces, en el mejor de los casos, son esfuerzos de acercamiento, gritos que les pegamos a las cosas.

Cuando yo hablo, por tanto, aquí de la palabra como cóndi-

---

[5] Esto no contradice a lo anterior de que «la palabra es el hombre». Es cierto que el hombre es no sólo una idea sino algo bien concreto y complejo, por ejemplo: sentimiento (Croce dirá que la palabra es sólo sentimiento). Pero ¿en virtud de qué encontramos en la palabra este ingrediente afectivo sino porque las propias ideas nos llegan ya teñidas de los multiples y variados colores de la vida real y concreta? Porque naturalmente las ideas, en el hombre, tienen que ser *humanas*. Las *puras* ideas se dan muy raramente. La palabra admite, pues, una dosis de sentimiento —de poesía—, porque ya, previamente, encontró una idea impura, con mezcla.

[6] *Summa th.* I, 13: «De nominibus Dei».

Universidad Pontificia de Salamanca

lo que figura y modela nuestras ideas, no me refiero a su correspondencia objetiva con la cosa nombrada, sino a la adecuación o armonía que guarda con la palabra interna que detecta esa cosa. No es, pues, la adecuación o acoplamiento perfecto con la *cosa* nombrada, sino con la *idea* que yo tengo de esa cosa.

Saber dar con la palabra, que lleva, como un bajel, la idea taumatúrgica, es el faro de todo literato. Palabras bellas, ideas bellas.

5. El hombre clásico tiene sumo respecto a la palabra. Horacio quiere que antes de ponerla en manos profanas, la tomemos en las nuestras y, tras una prolongada labor de cincel y martillo que rompa y sangre —*nonumque prematur in annum* [7]— la exhibamos luego rota y purificada; hecha a la medida.

Podría definirse al clásico como al hombre que evita las palabras inútiles. Entre los latinos, Horacio lo cumple a perfección. Va a aparecer el atleta en el momento más espectacular, cuando el carro envuelto en polvo olímpico va a girar sin rozar con las ruedas chispeantes la señal. Nuestro poeta rinde ante este lance su palabra exacta: *pulverem olympicum / collegisse juvat meta fervidis / evitata rotis* [8].

Todo el enorme, gigantesco esfuerzo que supone la Sintaxis y la Estilística y la Métrica Latina queda justificado por esta intención de hacer de las palabras ideas. ¿Qué nos quedaría de los clásicos si no atendiésemos a esos minúsculos gritos que nos hace, humilde, cada palabra? Cambiar una palabra por otra es, no sólo mudarle la forma, sino también el fondo. Hablamos, repito, de la palabra como vehículo, como sacramento de las ideas. No como ruido (ese chasquido de la lengua sobre las ondas del aire).

6. Fue un error medieval, contra el que se sublevó el Humanismo renacentista, haberse quedado en el valor puramente extrínseco de la palabra, sin penetrar hasta su *"intentio"* original. Recogió el vocablo y lo archivó con admiración retórica

---

[7] HOR., *A. P.* 388.

[8] HOR., *Carm.* I. 1, 3-5.

Universidad Pontificia de Salamanca

que no llegó a una «re-creación» original de la palabra [9]. Se enriquecieron las bibliotecas de códices, pero las almas continuaron vacías del antiguo Humanismo. Se recitaban versos de Virgilio y Horacio y se desconocía a Horacio y a Virgilio. El hombre del Renacimiento aprendió a leer [10] —asignatura difícil. Y leer es vivificar esos cuerpecillos sepultados en los libros, insuflándoles de nuevo el alma primitiva que les dió su creador. Sólo así, cuando se nos presenta con la carne y la sangre de todo cuerpo vivo, la palabra nos llama, nos echa su aliento. Es preciso detenerse y aspirar el fuego que deja a nuestra vera. Cada palabra lleva consigo una voluntad de resurrección. Sólo espera la voz taumatúrgica. Sin esta voz, las palabras fluyen amontonadas, una detrás de otra, como fantoches, por una pendiente de hielo. Llenas de hueco podían muy bien ser relevadas por otras. Inconsistentes y sin vida, andan a la deriva empujadas por el soplo del capricho y de la arbitrariedad.

Se dirá que el escritor no les da tal vida, que hay mucha «paja» en muchos libros clásicos y que ninguna varita mágica hará crecer trigo donde no se plantó. De acuerdo; pero esto nada opone a lo que venimos diciendo. En todo caso, la vacuidad de sus palabras revelará la vacuidad del que las pronunció [11].

7. Quiero adelantarme a una posible objeción: ¿Qué hacer de ese enjambre de vocablos que acumula el que podríamos llamar lenguaje musical o de sugerencia?

Ya no es la idea de cada palabra, ni siquiera su música o sonido; es el efecto de conjunto, ese zumbido colosal que trae

---

[9] Estas afirmaciones vienen expuestas brevemente en la Introducción de Leonardo Ferrero a su reciente libro «Letteratura Latina», Firenze, 1959.

[10] Cf. la obra filológica y lingüística de Lorenzo de Valla y Erasmo de Rotterdam.

[11] Tampoco hay por qué canonizar todo lo que se pliega bajo la bandera de lo clásico. En un caso concreto el mismo Homero puede sernos bien poco ejemplar (*"aliquando bonus dormitat Homerus"*). Es, por lo demás, un error confundir el clasicismo con los clásicos. Nosotros hablamos del clásico ideal, que nunca ha existido, al que aspiraban todos los clásicos de carne y hueso.

Universidad Pontificia de Salamanca

a nuestros oídos la agrupación orquestal de todas ellas. La palabra aquí pierde autonomía, al parecer.

Sólo al parecer. Porque algunos quieren estudiar y analizar racionalmente lo que no es objeto de análisis ni estudio. Y en esto mismo demuestran no haber valorado en su justo punto esta joya de la palabra.

Hay momentos en que la palabra se hace intencionadamente irracional. Y hay que respetar la intención de la palabra. Esta vale en la medida en que sabe llevar a su colmo la propia intención. Por eso los que gritan contra esos géneros literarios que escapan a todo análisis de tipo cientifista, no hacen sino declamar su propia y elocuente ignorancia.

"Me he quedado mirando a la luna a través de las finas acacias": Es evidente que estas palabras de Juan Ramón Jiménez no nos narran ningún hecho histórico, por más que los vocablos estén ahí, materialmente, echándonos a la cara su natural y obvia significación. La palabra no es por eso menos rica. Más bien desborda su propio contenido, enriqueciéndolo y embelleciéndole con un sentido superior.

Y conste que esto no es salirse del clasicismo. Clásico es, lo hemos dicho, el que armoniza en un acorde perfecto la palabra y la idea. Y la idea *soñadora* de Juan Ramón no puede estar mejor reflejada que en unos ojos que miran a la luna.

Esta manera de entender el clasicismo no fue, por lo demás, desatendida de los eternos clásicos. Es una tendencia muy acusada en Virgilio; la que le constituye, precisamente, distinto de Homero, con personalidad clásica propia: *"y ya la escuadra griega caminaba por el silencio amigo de la callada Luna"* [12]. Se camina por esta o la otra vía terrestre. Así lo hubiera escrito, normalmente, Homero. Homero es el tipo del clásico «clásico». Pero meterse y avanzar por una ruta de silencio es un atrevimiento, un nuevo paso en la historia del clasicismo, que debemos al potente cálamo virgiliano.

8. La palabra, por serlo, es ya pensamiento. El hombre co-

[12] VERG., *Aen.* II, 255: *et jam Argiva phalanx... ibat / ...tacitae per amica silentia lunae.*

Universidad Pontificia de Salamanca

mienza a pensar hablando. No es preciso que exteriorice su palabra; pero él emite un verbo interno con el cual infaliblemente, sin posible error, nombra su pensamiento. Es, por lo demás, un hecho que los idiomas se enriquecen o depauperan según la mayor o menor abundancia de cabezas pensantes [13].

Sin embargo, para mejor entendernos, podemos hacer una distinción de razón entre *"palabra palabra"* y *"palabra idea"*.

Hay quienes profesan un culto inmerecido a la palabra. La adoran por sí misma, sin caer en la cuenta de que, por el mero hecho de convertirla en diosa la rebajan al precio fabril de todos los ídolos. La palabra pierde en peso metálico y se ha quedado en madera o porcelana, sin consistencia ni gravedad. Cualquier débil brisa es potente para derribarla.

El *Culteranismo* atraviesa las páginas de la Historia de la Literatura como una corriente de preocupación por la *forma* literaria: «la riqueza y ordenación de las palabras es su principal fundamento» [14]. El Culteranismo, como es natural, enriqueció notablemente el vocabulario. Pero podríamos preguntarnos si esta riqueza es efectiva como lo es, por ejemplo, la que nos ofrecen las voces creadas por cualquiera de nuestros pensadores, cuyas palabras, densas de contenido, no pueden ser consideradas como moneda en papel.

---

[13] Basta ir a la Historia de nuestra Literatura y subir por ella, a partir del siglo XVI, para convencerse de que el día en que una racha de pensadores amanezca en el cielo de España instantáneamente volverá a nuestra lengua todo el aire y todo el pulmón de sus mejores tiempos. Recuerdo una fina observación de Galdós sobre el vocabulario de la gente de mar. Habla de las voces usadas por los navegantes como «adaptadas a su temperamento arrebatado y enérgico, siempre propenso a abreviar todas las funciones de la vida, y especialmente el lenguaje. Oyéndoles hablar, me ha parecido a veces que la lengua es un órgano que les estorba». (*Episodios Nacionales*, Trafalgar, IV). Quizá no sea inútil volver a decir que las ideas «puras» se dan muy raramente. Por eso encuentro válido, para el caso, que Galdós hable aquí de «temperamento». La abundante variedad lexicográfica que tiene, por ejemplo, la lengua francesa para expresar la parte afectiva del alma, responde indudablemente al mismo principio: el francés vive previamente una vida sentimental intensa.

[14] DÍAZ PLAZA, *Historia de la Literatura Universila y Española*, vol. I.

Universidad Pontificia de Salamanca

El *Conceptismo* opone a los culteranos —recordemos las sátiras de Quevedo contra Góngora— su obsesión por el *fondo*, las ideas. Las palabras quedan reducidas a lo indispensable.

Equidistando entre una y otra escuela, y recogiendo lo bueno de las dos, se mueve, en perfecto equilibrio, el *hombre clásico*. Ni *"palabra palabra"*, ni *"palabra idea"*, sino simplemente: «la palabra».

JOSE LUIS BRASERO, C. M. F.

Universidad Pontificia de Salamanca